

I

El pálido sol que calienta mi rostro, ese cielo claro y azul, el viento y las aguas centelleantes, tales son los dones que estas tierras occidentales reciben de sus dioses generosos e infantiles. Es un lugar poblado de viñedos y árboles frutales, de granjas construidas en piedra y de tierras que se ennegrecen bajo la acerada hoja del arado, un país al que yo podría llegar a amar si lograra olvidar mi patria lejana, si no me sintiera como un huésped provisional en huerto ajeno.

Ése soy yo. No gusté en mi infancia el sabor de las aceitunas ni conocí el murmullo del mar oscuro como el vino. Sin embargo, aunque nací lejos de aquí, es muy posible que en este lugar halle por fin la muerte. Y ese momento no es ya tan lejano porque yo, hijo y nieto de reyes que dominaron el ancho mundo, he envejecido en este país extranjero. No obstante, aquellas épocas de grandeza ya pasaron. La historia que voy a narrar es la de mi propia existencia, que sigue estando en manos de la divinidad.

Assur, dios de mis padres, conocido por múltiples nombres, dueño de este mundo y del más allá, y de cuya voluntad depende nuestro destino, escogió para mí este sendero y yo cojo de nuevo mi pluma para propagar su gloria, para que sus designios sean conocidos por los hombres. Soy Tiglath Assur, servidor del dios, a cuyo nombre se unió el mío en el instante de mi nacimiento y que acaso sobreviva hasta el fin para honrarle.

Aunque ya solo sea una sombra en mi cerebro, un sueño confuso de mi memoria, de nuevo mis ojos se llenan con la visión de la poderosa Nínive, envidia del mundo, soberana de ciudades. Tengo veinticinco años y he conocido la gloria, la riqueza y el poder, pero también he gustado las hieles del vacío, la desesperación, los celos y la amargura del amor perdido. Mi hermano, que reina en el palacio de mi padre, me vuelve la espalda. Asarhadón, mi amigo en otros tiempos, me ha condenado al destierro obligándome a errar por los confines de la tierra, convertido para siempre en un extranjero y prohibiéndome regresar aunque languidezca por ello. Nínive, donde otrora se encontraba todo cuanto más quería, ahora debo huir de ti como un esclavo culpable a ojos de su amo.

«¡Que abandone para siempre el país de Assur y todas aquellas tierras sometidas al poder de su rey! —Tales fueron las palabras de

mi hermano, el poderoso rey, Señor de las Cuatro Partes del Mundo—. ¡Que se oculte en las oscuras tierras donde no alcanza el sol! ¡Que desaparezca de mi vista!».

La guardia me escoltó sin que yo opusiera resistencia. Me asieron por los brazos y me retiraron a rastras de la presencia del rey porque apenas tenía fuerzas para andar por voluntad propia. Mi mente se hallaba en tinieblas: me sentía como si estuviese muerto.

Me condujeron a una estancia del palacio que en otros tiempos fue de mi padre y que entonces pertenecía a Asarhadón, al igual que cuanto brilla bajo el sol, y unos servidores me despojaron de las prendas recamadas en plata que delataban mi rango principesco y me entregaron a cambio la sencilla túnica de un soldado, que vestí sin apenas saber qué hacía. Permanecí sentado y alguien me sirvió una copa de vino que no llegué a catar. ¿Acaso un cadáver bebe las ofrendas destinadas a apagar su inquieto espíritu? No sentía deseo alguno de beber, como si ya hubiese muerto y tuviera barro en la garganta. Por fin regresaron los soldados y se me llevaron de allí.

Me pregunté adonde me conducirían. Había dejado de ser uno de los reales hijos del señor Sennaquerib para convertirme en un extraño, odiado por su hijo y sucesor. Tal vez me estuviese encaminando hacia mi propio fin, pero nada de ello importaba.

Mas no era la muerte lo que me estaba aguardando. En lugar de ello me encontré en los jardines de palacio, desde donde se distinguía el rumor de la rápida corriente del Tigris, madre de ríos, donde tantas veces había visto a mi padre, ya viejo, sentado en un banco de piedra, echando migajas a los pájaros.

Los soldados se fueron sin decir palabra y me quedé solo. Pero la soledad no me agobiaba: había pasado muchos días aislado, encerrado en una jaula metálica en las mazmorras del palacio de mi hermano. Mi corazón estaba abrumado por los recuerdos que la visión de aquel lugar despertaban en mí.

El rey, mi padre, había sido asesinado cuando oraba arrodillado ante Assur. Mi hermano Asarhadón y yo vengamos el crimen y luego nos enfrentamos mutuamente, o, mejor dicho, él se volvió contra mí. Y ello tan solo porque mi padre me amaba y deseaba que yo le sucediese en el trono, aun desafiando la voluntad divina. Pero yo no podía enfrentarme a un tiempo al dios y a mi hermano. Por consiguiente me sometí a Asarhadón, renunciando en favor de él a la gloria de la corona, y aquello fue algo que no pudo perdonarme.

Al igual que tampoco podía perdonarme otras cosas.

Era el mes de Nisán, cuando el invierno comienza a declinar lentamente y el mundo renace. Pero aquél era un universo desolado.

Los pétalos de las flores se habían desprendido hacía ya tiempo y en aquella noche fría y cerrada el cielo estaba encapotado.

Bastaba con pasear la mirada en torno para imaginar que el mundo se había detenido para siempre. Y quizá fuera así: no me hubiera sorprendido lo más mínimo, ni siquiera apenado.

Me senté en el banco, simplemente porque me había cansado de estar de pie. No podía pretender que estuviera esperando algo o a alguien; tampoco pensaba en el futuro, ni siquiera en lo que sucedería durante el siguiente cuarto de hora. El porvenir no existía para mí.

Mas el pasado no dejaba de atormentarme. Seguía discurriendo ante los ojos de mi espíritu espontáneamente, por propia iniciativa. O tal vez porque yo parecía pertenecerle por completo.

Ante mí aparecía mi padre, anciano y derrotado, consciente de que se habían desvanecido todas las esperanzas que depositara en mí y consciente de cuanto había odiado a Asarhadón sin que él tuviese culpa alguna. Los viejos se tornan desconfiados cuando sus corazones se endurecen.

Y también desfilaba por mi mente el amor. Asharhamat, la esposa de mi hermano. Distinguía su rostro y sus ojos llenos de lágrimas, y oía su voz.

«¿Acaso no me has convertido en una viuda en lo más profundo de mi corazón?».

«Por ti seré rey —le había dicho en una ocasión, cuando aún existían esperanzas—. Por ti y para cambiar el mundo».

Y ella había respondido:

«¿De verdad, mi amor? Pero ¿y si el mundo no desea ser cambiado?».

Y a mis oídos llegaban otras voces.

«Serás grande en el país de Assur», me había dicho mi madre en una ocasión, cuando yo era muy joven.

«No creas que aquí te espera la dicha y la gloria, príncipe, porque otro es el destino que el dios te reserva», me había advertido alguien más prudente que ella.

Palabras. Palabras que llenaban mis recuerdos y me causaban tanto daño como una herida cuando llega el frío. Había visto y oído demasiado y me había vuelto ciego y sordo.

Aunque quizá no tan sordo.

Gradualmente, como sucede a veces cuando un recuerdo pugna por abrirse paso entre el núcleo del cerebro, fui cobrando conciencia de que había alguien más en el jardín, que en él se había introducido otro visitante, tan ajeno a aquel lugar como había llegado a serlo yo mismo. Miré en torno preguntándome quién podía ser el intruso,

imaginando que acaso se tratase de algún asesino enviado por mi hermano para asegurar su tranquilidad de espíritu hundiéndome una daga en el pecho. Casi me decepcionó descubrir que se trataba de un muchachito cubierto únicamente con un sucio taparrabos y que ocultaba las manos en la espalda mientras me observaba con sus grandes ojos, de expresión inteligente y desconfiada.

El jovencito se hallaba semiescondido tras un emparrado cubierto de ramas secas y marchitas. Pensé que sentiría frío, pero no daba muestras de ello. Calculé que tendría seis o siete años, que debía formar parte del ejército de toscos pilluelos que merodeaban por los muelles y las tabernas de la ciudad, abandonados por padres incapaces de mantenerlos, y que se ganaban la vida mendigando y haciendo diligencias, una existencia que sin duda impartía duras aunque provechosas lecciones. Me desagradó comprobar que el chiquillo me observaba con suspicacia.

—¿Qué deseas? —le pregunté, no sin cierto engreimiento, porque me resultaba difícil creer que aquel muchacho harapiento se hubiese extraviado por los sagrados recintos del palacio real.

—¿Eres tú el señor Tiglath Assur? —inquirió a su vez, como si semejante probabilidad le pareciese increíble—. ¿Aquel en cuya mano aparece la estrella de sangre?

—Hasta hace unas horas lo era.

—¡Demuéstramelo!

Abrí la diestra y se la mostré. Pese a la escasa luz de aquella noche sin luna, mi señal de nacimiento, la indeleble marca que el dios me impusiera, aparecía visible, sangrante y lívida como un carbón al rojo vivo.

—Entonces esto te está destinado.

Avanzó unos pasos y manteniéndose a cierta distancia me tendió una tira de pergamino fuertemente enrollada y atada con un bramante. Desaté el envoltorio y lo extendí sobre mis rodillas esforzándome entre la densa oscuridad por descifrar el mensaje que contenía, aunque sin sentirme demasiado sorprendido. La nota había sido apresuradamente redactada en los caracteres griegos que tan familiares me resultaban desde la infancia:

Augusto señor, he sobornado a la guardia para que te conduzca al lugar donde te encuentras. Dignate seguir a este muchacho y acaso nos sea posible a ambos librarnos de la cólera de tu hermano.

Se trataba de mi antiguo esclavo, el pícaro Kefalos, obeso, amante del lujo, cobarde y ladrón, un canalla de cuya palabra nadie se podía

fiar. Y que, pese a ello, seguía siendo mi amigo, la única persona en el intrincado laberinto de Nínive de cuyo afecto podía fiarme.

Me levanté del banco de piedra con las rodillas entumecidas por el frío nocturno que hasta entonces no había advertido y me envolví en mi capa.

—Entonces tú serás mi guía, muchacho —respondí intentando esbozar una sonrisa que sin duda fue tan solo una mueca.

El rapaz se me quedó mirando con cínica sorpresa, como si pensara que se me habían atrofiado los sesos.

—¡Pongámonos en marcha! ¡Nada hay aquí que me retenga!

En el muro del jardín aparecía una puerta oculta tras un empujamiento en la que yo jamás había reparado y de cuya existencia tampoco me había informado mi padre, aunque —puesto que incluso los reyes deben tener secretos que guardar— quizá estuviese destinada a algún fin que él prefería mantener oculto. Sea como fuere, el niño sabía que se encontraba allí y también yo acababa de averiguarlo.

El pequeño la abrió y accedimos a un pequeño patio que parecía largo tiempo olvidado. Lo atravesamos sigilosamente, cual ladrones, y a continuación nos internamos por una red de angostos callejones llenos de basura y tinajas rotas que de repente nos condujo a un paraje desconocido, junto al río.

La zona estaba desierta y a oscuras. La pálida luna se había ocultado tras un banco de nubes. No se distinguían murmullos de voces —solo el rumor de la rápida corriente del Tigris— ni se veían lámparas que proyectasen su amarillenta luz sobre el empedrado. Nos hallábamos en los muelles, silenciosos y desiertos como un páramo.

Y entonces, súbitamente, a menos de diez pasos de distancia, se oyó el chasquido del pedernal contra el eslabón y luego el chisporroteo de una antorcha resinosa en la que había prendido la llama; a medida que la luz se difundía comenzaron a revelarse los contornos y finalmente el rostro de mi entrañable Kefalos.

Mi antiguo esclavo era uno de esos hombres que parecen acumular bienes al igual que otros contraen malos hábitos, y las riquezas que había atesorado le habían permitido granjearse el respeto del propio monarca. Poseía reservas de oro y plata depositados en comercios de lejanas ciudades y probablemente le perteneciesen aquellos mismos muelles donde nos encontrábamos.

Sin embargo, en aquellos momentos vestía la túnica verdiblanca descolorida y llena de polvo característica de los guías amorritas de caravanas, y su enorme barba de color castaño, que solía peinar y perfumar como el vello púbico de una cortesana, estaba grasienta y

enmarañada. Su ancho rostro se veía sucio y arrugado y mostraba el aspecto cansado de quien ha pasado muchas noches en vela.

Me miró, según creí con cierta aflicción, y luego centró su interés en el muchacho, al que hizo señas para que se le aproximase. El niño extendió la mano en la que Kefalos dejó caer con lentitud, uno tras otro, cinco siclos de plata y, por fin, viendo que no se movía y seguía tendiéndole ostensiblemente la mano, lanzó un gruñido, como si no esperase otra cosa de aquel mundo demencial, y añadió una sexta moneda. El pequeño cerró al punto el puño y echó a correr perdiéndose de vista entre la oscuridad.

—¡Apresúrate, señor! ¡Debemos partir cuanto antes! —murmuró Kefalos—. Entre miserables no existen reglas de honor y si ese muchacho es la mitad de astuto y malvado de lo que parece, en estos momentos debe estar vendiéndonos a la guardia real. ¡Tenemos que perdernos de vista inmediatamente!

Con una agilidad de la que jamás le hubiese creído capaz, se levantó y, antes de que pudiera darme cuenta de lo que sucedía, me asió de la mano y me condujo casi a rastras a lo largo del muelle.

—He localizado una barca adecuada que robaremos para facilitar nuestra huida —masculló entre dientes mientras corríamos—. No actuó así movido por la miseria ni por la avaricia, sino porque temía verme traicionado si trataba de adquirir una abiertamente. Aunque en Nínive profesan profunda aversión a tu hermano, es mayor el temor que por él sienten y proliferan los espías. ¡Ven, aquí está! Es un artilugio muy sencillo, así será menos probable que semejante pecado te remuerda la conciencia.

En breve descubrí que «artilugio muy sencillo» era un generoso calificativo, pues ni siquiera consistía exactamente en un barco, sino en la más frágil de todas las embarcaciones fluviales, conocida con el nombre de *gufa*. Kefalos —que tenía las proporciones de dos personas— y yo debíamos efectuar nuestra huida en una plataforma redonda de cañas toscamente unidas con cordeles y betún, y reforzadas en sus extremos por diez o doce pellejos de cabra inflados. No me cupo duda alguna de que aquel artefacto se haría pedazos antes de que perdiéramos de vista las murallas de la ciudad.

Pero ¿qué podía importarme? ¿Qué más me daba morir ahogado y que mi cadáver, arrastrado por la tumultuosa corriente, deforme e irreconocible, acabase descansando en algún laberíntico cañaveral de las orillas del río?

Me desprendí de la mano de mi compañero y me adelanté en el embarcadero mirando alrededor, esforzándome, pese a las tinieblas

reinantes, por llenarme los ojos con aquella perspectiva que debía abandonar para siempre.

—Podríamos aguardar hasta la salida del sol —dije. Mi voz me sonó a hueco, al igual que el murmullo de un conspirador percibido a cierta distancia—. Mi hermano me ha dado tiempo hasta entonces para partir de la ciudad. ¿Cuántas horas nos quedan?

Kefalos no respondió: se limitó a mirarme como si yo hubiese confirmado sus peores expectativas.

Por fin se encogió de hombros y dejó caer los brazos junto a sus costados con aire resignado.

—Mi joven y necio amo, ¿aún no te ha enseñado la vida cuan insensato es pensar que los hombres son lo que parecen y que cumplen su palabra?

—¡Mi hermano jamás...!

—Tal vez no, pero favorecería enormemente los intereses del soberano Asarhadón que alguien lograra hacerte desaparecer para siempre. Y no debes olvidar tampoco a la madre del rey, la señora Naquia, que no ha empeñado en modo alguno su palabra y que tiene poderosas razones para saber que no teme a nadie, humano ni divino. ¡Señor, partamos cuanto antes de aquí!

Asarhadón, Naquia. Simples nombres pertenecientes a una existencia que había quedado muy lejos de mí. Aunque me quitasen la vida no podrían causarme ningún daño porque nada tenía que temer de ellos. Estaba demasiado abstraído en mí mismo para comprender siquiera lo que significaba el temor. Sin embargo, resultaba más fácil rendirse que oponer resistencia. Resistir significaba tomar decisiones, actuar o comportarse como si la vida nos importase algo, y yo aún seguía demasiado obsesionado para todo ello. Por lo tanto, permití una vez más que Kefalos me cogiese del brazo y me arrastrase por la escalera de piedra que nos conduciría hasta nuestra sencilla embarcación, que se balanceaba en las aguas como un pedazo de corcho atado a un cordel. Me senté en la proa, fijando la mirada en el río mientras mi antiguo esclavo, y a la sazón mi compañero de huida, soltaba las amarras. La corriente nos arrastró rápidamente y comenzamos a deslizarnos por el seno de la madre Tigris, abandonando sus orillas.

Una hora después, con los primeros resplandores grises del alba, lográbamos distinguir los contornos de las torres de vigilancia. Pensé que aquélla era la última vez que veía Nínive. Por fin había llegado el momento. Huía de la ciudad convirtiéndome en un exiliado, un hombre que no era bien recibido en ningún lugar, que debía aprender a olvidar que en otros tiempos perteneció a un país.

Durante tres días nos dejamos llevar por el río. El primero de ellos, al anochecer, pasamos bajo las murallas de Kalah, de la que mi hermano, en su calidad de primogénito y heredero real, había sido *marsarru* mientras ensombrecía poco a poco su cerebro entre sospechas y temores, y al segundo día distinguimos la sagrada Assur, ciudad dedicada al dios y origen de nuestra raza.

— Te cansarás de decir adiós. — Tal había sido la profecía del *maxxu*, que en aquellos momentos se cumplía y que desde hacía mucho tiempo se había hecho realidad.

Y por las noches, puesto que Kefalos sentía un pánico cerval a zozobrar entre las sombras, arrastrábamos nuestra *gufa* hasta la playa y encendíamos un pequeño fuego. Entonces mi antiguo esclavo se sumergía bajo una montaña de cañas y dormía profundamente, roncando como una marmota, mientras yo permanecía sentado junto a los rojos rescoldos, atormentado por ensoñaciones que me mantenían despierto, acosándome al igual que profecías mortales.

¿Ensoñaciones? Algo mucho peor. Porque de ellas uno puede despertar, pero los recuerdos no se desechan tan fácilmente. Un sueño es algo fantasmagórico, o quizá, como máximo, un aviso de los dioses, y puede desecharse, pero las oraciones no logran prevalecer sobre cuanto se ha hecho, visto y oído y que, por consiguiente, se ha fijado de modo indeleble en nuestro cerebro y es tan consistente como la propia tierra. El pasado es inalterable y la memoria y sus imágenes no se rendirán ni a nuestras más piadosas súplicas. Los recuerdos nos capturan como peces en sus tupidas redes.

De noche no conseguía conciliar el sueño. Únicamente durante el día, viendo discurrir la orilla y sintiendo los rayos de sol en el rostro, lograba cerrar los ojos y, acompañado por el vaivén de las aguas, me abandonaba en brazos del cansancio. Y, mientras dormía, mi espíritu encontraba el descanso porque no soñaba.

Esta situación se prolongó durante tres días en los que bebimos las frías aguas del Tigris y nos alimentamos con un saco de dátiles que Kefalos había tenido la previsión de adquirir en el bazar. Él debía ocuparse de todo: yo me limitaba a comer, dormir y mantener la mirada fija en aquel punto del horizonte donde debía de encontrarse Nínive, como si todavía confiase en vislumbrar su imagen. Durante aquel tiempo apenas hablaba, salvo para maldecir a Asarhadón, a mí mismo y a la perversidad del dios que parecía haberme abandonado. Aquellos eran los temas en torno a los cuales parecían girar todos mis pensamientos, como un milano que revolotea sobre un animal herido, aguardando a que profiera su último suspiro.

«Estaba indefenso. con las manos vacías. sin medios con que de-

fenderme, sin respuestas. ¿Qué otra cosa podía haber hecho? Eso fue lo peor. ¿Qué podía haber hecho? Si ahora me fuese posible, le mataría. Sí, le mataría».

Ésta sería quizá una pequeña muestra de las incoherencias que mascullaba sentado ante el fuego de nuestro campamento contemplando fijamente las llamas, como si las interpelase a ellas o al infinito, odiando a mi hermano porque no tuvo el valor necesario para darme muerte y odiándome a mí mismo por no haber encontrado un fin digno. Y dirigiendo sobre todo mi odio hacia Assur por haberme otorgado sus favores únicamente para que aquel exilio me resultase más doloroso. A mí, a quien habían llamado «el predilecto del dios» y que había luchado incluso conmigo mismo para servirle fielmente. Y, sin embargo, él se había burlado de mi devoción. A veces incluso me parecía oírle reírse de mí.

Kefalos, que temía por el buen funcionamiento de mi cerebro, sometido a tantas adversidades, trataba de vez en cuando de obligarme a salir de mi abstracción distrayéndome de tan amargas reflexiones, pero apenas parecía entender sus palabras, que llegaban como zumbidos de mosca a mis oídos.

Por último renunció y se mantuvo en silencio, pensando que yo había decidido sepultarme en vida, pues si alguna vez en mi existencia he estado a punto de enloquecer, enajenada la razón y ajeno al mundo y a mí mismo, fue entonces.

Pero la raza humana hace tiempo que se hubiera extinguido si los hombres permitiesen que sus aflicciones les embargasen permanentemente el ánimo, y suele suceder que cuando por fin sus heridas han cicatrizado, superadas sus dificultades, la mente responde a la tenue e insignificante voz de alguna emergencia trivial. Tal fue lo que a mí me aconteció cuando, al cuarto día en que huíamos de la cólera de mi hermano, a la luz del alba descubrimos que nuestra *gufa* había desaparecido.

Era un desastre bastante común. Como solía suceder en aquella época del año, en cuanto comienzan a deshacerse las nieves en las montañas del norte, el río había crecido durante la noche —algo que se advertía a simple vista porque la orilla se encontraba entonces a tres o cuatro pasos de nuestro apagado fuego—, y tan sigilosamente como un ladrón había arrastrado nuestra pequeña embarcación.

Debí haberme quedado dormido sin darme cuenta o quizá me hallaba demasiado absorto en mis pensamientos para percatarme de ello, pero aquel inopinado giro de nuestra fortuna me sorprendió tanto como a Kefalos.

—Tendremos que continuar a pie —decidí, sorprendiéndome

ante el sonido de mi propia voz—. Si seguimos el curso del río llegaremos a algún pueblo o quizá a una granja donde podremos comprar caballos. Supongo, amigo mío, que habrás sido previsor y contarás con algún dinero.

Le miré sonriente, pero él se limitaba a observarme como si estuviese presenciando un truco de prestidigitación. Estuve a punto de estallar en ruidosas carcajadas porque súbitamente había comprendido que recobraba la esperanza y el deseo de vivir. Nos habíamos quedado anclados en medio del reino de Asarhadón, donde peligraba mi vida si era reconocido, pero eso no era más que una de tantas dificultades a superar y que después de todo se circunscribía a la lucha por la vida que yo casi había olvidado. Me alegraba de que la *gufa* hubiese desaparecido porque de pronto recordaba que corría sangre por mis venas en lugar de agua del río.

—¿Dinero, señor? ¡Pero...!

Entonces me eché a reír y Kefalos, golpeándose los muslos aliviado, también se rio conmigo al comprender cuan paradójica era nuestra situación.

—¡Sí, señor, mucho dinero! ¡Todo el dinero del mundo!

Y reímos ininterrumpidamente ante el desatino de sabernos ricos, pero desamparados entre las cenagosas orillas del Tigris.

Aunque nos encontrábamos en la orilla occidental, me bastaba contemplar mi entorno para saber cuál era nuestro paradero. Había pasado muchas veces por aquel lugar formando parte del ejército real cuando marchábamos hacia Khalule, Babilonia o cualquier otro punto donde después quedarían los cadáveres de nuestros enemigos blanqueándose al sol. El Tigris parece distinto cuando se une al Zab Inferior, como si se volviese perezoso en su recorrido hacia el sur o echase de menos las montañas que quedaron atrás, y serpentea indolente hacia las tierras de Akad y Sumer, aquellas llanuras negras y fangosas que se extienden hacia el infinito, más allá de donde alcanza la vista.

—¿Verdad que ayer encontramos una ciudad a la izquierda? ¿Te fijaste si sus murallas eran de ladrillos pintados de rojo y si las torres estaban muy próximas entre sí, como los sarmientos de una viña?

—Sí, señor. Ayer a la una o las dos de la tarde pasamos junto a ella.

—Entonces ya hemos dejado atrás Ekallate.

Con la mano me protegí los ojos del resplandor del sol naciente y seguí escudriñando río abajo.

—Magnífico —dije—, la guarnición está llena de soldados alistados en Borsippa y Dilbat que creen haber encontrado su caudillo en Asarhadón. Ahí no me atrevería a asomarme, pero en Birtu estaremos a salvo.

—Los soldados son soldados en todas partes. no veo la diferencia.

Kefalos hizo un gesto desesperado como si creyese que mi cerebro debía estar perturbado si pensaba que no podía existir ningún peligro en presencia del ejército real, y no debía censurarle por ello puesto que la seguridad es siempre algo relativo.

—Conozco al comandante de esa guarnición —repuse—, y no le creo capaz de traicionarnos. Aunque mejor será no intentarlo puesto que, en los tiempos en que vivimos, los servidores de Asarhadón arden en deseos de demostrarle su lealtad; pero Zerutu Bel siempre ha sido un hombre honrado. Por lo menos en Birtu podremos adquirir cuanto necesitemos. Y si mi hermano ha juzgado conveniente mantener su palabra, aún llevaremos uno o dos días de ventaja a los jinetes de Nínive.

—¿A qué distancia nos encontramos de Birtu, señor?

—Dos días si mantenemos un buen paso.

—¿Dos días y con solo unos dátiles que bailan en un saco vacío?

Mi antiguo esclavo se sentó sobre el montón de cañas que últimamente constituían su lecho y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Dos días de marcha! ¡Un hombre instruido y culto como yo. Kefalos de Naxos, en otros tiempos físico de la casa real asiria! ¡Maldigan los dioses la hora en que uní mi destino al de un tosco soldado!

Durante largo rato me fue imposible consolarle ni persuadirle de que iniciásemos nuestro viaje: se mostraba inmutable, mascullando imprecaciones sobre nuestra exhausta provisión de dátiles. Solo cuando acabamos prácticamente con ellos accedió a levantarse, mejorado en cierto modo su humor.

—Bueno, si así debe ser, sea —dijo desperezándose al igual que un gato cebado en exceso—. Supongo que antes de anochecer habré fallecido de agotamiento.

Kefalos no sucumbió agotado ni por ningún otro motivo, pero el ritmo de nuestra marcha tampoco nos permitió llegar a Birtu en dos días. Aunque de ello soy tan culpable como él porque, pese a que Kefalos era obeso y no estaba acostumbrado a los rigores de una marcha forzada, yo había pasado casi todo el mes metido en una jaula en las mazmorras de palacio, aguardando a que el rey mi hermano decidiese cuál iba a ser mi destino. Al anochecer, también yo

tenía los pies llenos de llagas en las que me aplicaba barro del río para aliviar mis dolores; temía haberme quedado inútil para siempre.

Pero cuando despuntaba el alba y despertábamos entre un amanecer primaveral en el que aún se percibían los frescos vestigios del invierno, comprendíamos que era preferible moverse que permanecer inmóviles. Al cabo de una hora, nuestras articulaciones perdían su rigidez y el calorillo provocado por el ejercicio físico invadía nuestros cuerpos y durante algún tiempo incluso el propio Kefalos dejaba de quejarse.

Al anochecer del tercer día, sexto de nuestra huida de Nínive, definitivamente agotados y con los estómagos vacíos, ante nuestra vista apareció Birtu Era un núcleo comercial que centraba sus actividades en torno a una reducida guarnición de soldados y cuyas murallas de adobe constituían una simbólica protección, puesto que no hubieran logrado detener a ningún ejército enemigo que hubiese logrado internarse tan profundamente en el país de Assur; pero desde hacía más de cuatrocientos años nadie lo había intentado.

No era aquél lugar en el que se produjesen muchos sobresaltos ni se conocía allí el significado de intrigas cortesanas. Al oscurecer, entre el crepúsculo, cruzamos la puerta principal confundidos entre una multitud de lugareños, mercaderes extranjeros y campesinos con sus carretas de bueyes y sus rebaños de cabras, por lo que pasamos prácticamente inadvertidos para los guardianes que vigilaban desde las torres.

—Busquemos una taberna donde nos proporcionen un poco de agua caliente y un rincón donde poder descansar —le dije.

—Sí, y donde podamos comer carne de cabra recién sacrificada y beber vino y que cuente con hermosas rameras —repuso Kefalos, sonriente, refocilándose de antemano—. No sé si esta noche podré hacer honor a mujer alguna, pero mañana será otro día, y así tendré algo agradable en que pensar mientras me atiborro de comida y bebida.

—Mejor que las rameras no sean hermosas y que encontremos un lugar muy sencillo que los propios soldados se resistan a frecuentar. No siento deseo alguno de tropezarme con antiguos veteranos que me reconozcan.

—Tranquilízate, señor. Como siempre, tu servidor ha pensado antes que nada en tu seguridad y ha ideado algo que evitará tan desagradables encuentros.

Sonrió, al parecer decidido a no extenderse en sus explicaciones, y poniéndome la mano en el hombro me condujo hacia una calle-

juela. Kefalos tenía cierta intuición especial para localizar aquel tipo de antros, y apenas habíamos avanzado diez pasos, encontramos la taberna más acogedora que había visto en mi vida, incluso en Nínive.

Cuando entramos en el local, con las piernas sucias de barro y cubiertas las ropas con el polvo de muchas jornadas de viaje, la dueña del establecimiento no se mostró muy acogedora. La mujer, que parecía extranjera, intuí que procedería de Musri o Tabal y que habría llegado hasta allí como esclava con alguna caravana, pues su rostro exhibía la tosca expresión de las gentes de aquellos lugares, había dejado muy atrás su juventud y no lucía velo, aunque se cubría los cabellos con un chal, significando así que era —o había sido— una concubina y que por consiguiente debía ser más respetada que las muchachas que atendían a los parroquianos de la taberna, quienes se permitían con ellas toda clase de libertades.

Cruzó los brazos sobre el amplio seno y frunció las cejas amenazadora, como si se dispusiera a impedir el paso a aquellos que le parecían un par de vagabundos y a negarnos su hospitalidad o el acceso al recién barrido vestíbulo de su casa.

Pero Kefalos, experto en toda clase de sutilezas, se mostró imperturbable. Introdujo la mano en su pecho, y de una bolsa que escondía en su túnica dejó resbalar entre los dedos una lluvia de monedas de plata que cayeron por el suelo. Al cabo de unos momentos la mujer se había arrodillado ante él rindiendo homenaje a aquel poderoso señor que por las razones que fuese había decidido disfrazarse de mendigo, recogiendo al propio tiempo aquella muestra de liberalidad con un hábil zarpazo de su diestra.

—Quiero una habitación limpia —le dijo en arameo mi antiguo criado, por lo que advertí que sus conjeturas acerca de los orígenes de la mujer habían sido muy similares a las mías—, agua caliente para bañarnos mi criado y yo, ropas limpias y la mejor comida y bebida que pueda encontrarse en esta pocilga. ¿Tendré que esperar mucho rato?

—Sí, excelencia. Es decir, no —balbuceó.

Se puso en pie rápidamente y, tomándole del brazo con tanta delicadeza como si además de rico fuese inválido, le condujo a través de una puerta cubierta con una cortina.

En cuanto a mí, a quien ambos parecían haber ignorado por completo, me vi obligado a seguirlos si así lo deseaba.

Poco después, completamente desnudos y tendidos sobre sendas esteras de junco, espesas y perfumadas, nos pasábamos una esponja por el rostro mientras cuatro sonrientes rameritas cubiertas por ligeras

túnicas de lino nos masajeban hábilmente los miembros y la espalda con aceites perfumados. En el suelo, entre nosotros, había una jarra de vino libanés fresco, y ya comenzaba a percibirse el olor a carne asada.

—En mi bolsa llevo una navaja de afeitar —murmuró Kefalos inclinándose confidencialmente hacia mí, aunque ignoro la razón de que tomase tantas precauciones puesto que se expresaba en griego, lengua que aquellas mujeres no debían de haber oído en su vida—. Ésta es la estratagema que se me ha ocurrido: nos despojaremos de nuestras barbas de modo que resultaremos irreconocibles, y puesto que los rostros afeitados no son usuales aquí, todos nos creerán extranjeros. Desde luego que en mi caso no dejarán de ajustarse a la realidad, pero también lo creerán de ti. No debes ofenderte, señor, pero la verdad es que puesto que eres semigriego, no tienes el auténtico aspecto de un asirio.

Una de las muchachas, menuda y regordeta, toda sonrisas y mohines, que masajebaba el macizo trasero de Kefalos, prorrumpió en una risita, como si mi esclavo hubiese hecho un comentario muy jocoso. Kefalos se volvió para pellizcarle la rodilla, lo que estimuló aún más su hilaridad.

—¿Ves, señor, cuan protegido se siente uno siendo extranjero?

—Sí, lo veo claramente.

—Entonces ya está decidido el destino de nuestras barbas, aunque me desagrade profundamente verme obligado a desprenderme de la mía, que siempre ha ejercido gran atractivo entre las mujeres. Mas tal vez haya alcanzado ya la edad en que debería mostrarme indiferente a tales cosas.

Mientras de tal modo se resignaba, apareció por la puerta nuestra anfitriona con un cuenco de granadas rojas como la sangre, seguida de una criada con una bandeja cargada de enormes pedazos de cordero asado sobre una capa de mijo. La mujer sonrió a Kefalos como si pretendiera darle la impresión de que había encontrado en él un manjar sumamente apetitoso, y tras despedir a la regordeta muchacha se sentó en cuclillas en el suelo y le acarició los cabellos con la punta de sus gruesos y enjoyados dedos, atenciones que parecieron agrandar a mi antiguo esclavo.

—Su eminencia debe disculpar a su humilde servidora por haberle juzgado erróneamente por su apariencia, sin distinguir al caballero que se escondía tras tan mugrientos harapos. ¿Acaso sufrió su eminencia algún percance?

—Fuimos atacados por unos salteadores que nos robaron nuestros corceles y animales de carga —repuso girando sobre sí mismo

y exhibiendo ostensiblemente las dimensiones de su erecto miembro, poniendo de manifiesto que las «atenciones» que su «humilde servidora» podía facilitarle no dejaban de hacer mella en él—. Nuestros atacantes, miserables cobardes, eran tan numerosos como las moscas en verano, más la firme resistencia que les opusimos los disuadió de quitarnos la vida, no pudiendo así descubrir cuando me registraron que en realidad se les escapaba la mayor parte del botín.

—Los valientes siempre están a salvo de cualquier peligro —repuso ella arrodillándose e inclinándose para besarle la frente.

Se necesitaría ser un necio para dar crédito a semejante historia y yo no pensaba que ella lo fuese, aunque no parecía importarle en absoluto.

—Nos sentimos muy honrados con tu presencia, eminencia. Todo cuanto tenemos está a tu disposición. Mi nombre, por si necesitas llamarme, es Kupapiyas, del país de Hatti, donde las mujeres aprenden muy pronto a rodear de cuidados a los varones.

De modo que por lo menos en aquel punto había estado en lo cierto, porque los monarcas de Hatti habían reinado en Musri y Tabal desde épocas inmemoriales.

—¿Frecuentan este local muchos soldados de la guarnición? —la interrogué.

Era la primera vez que me dirigía a ella y no pareció agradarle el sonido de mi voz. Kupapiyas de Hatti, propietaria de una taberna en la miserable aldea de Birtu, y por consiguiente «una dama» con cuyos refinados sentimientos no podía jugarse, ladeó la cabeza para mirarme, entornando los párpados como sintiéndose insultada al verse abordada por un ser tan inferior.

—Sin duda mi criado piensa que necesitaremos caballos —intervino rápidamente Kefalos intercediendo por mí—. Quizá, puesto que somos extranjeros, podrías informarnos si el comandante se irritaría si pretendiéramos entrar en tratos con él a este respecto. He oído su nombre, creo que es un tal Zerutu Bel.

—¿Te refieres al *rab abru*? —preguntó estallando en una sonora carcajada.

Se había incorporado súbitamente, sentándose sobre su enorme trasero que se desparramó por el suelo como un saco de grano semivacío.

—Tendrías que ir mucho más lejos de lo conveniente para entrar en tratos con él. Le decapitaron por orden del rey de Nínive y dejaron su cuerpo expuesto al otro lado de las murallas para que lo devoraran los perros. Eso sucedió hace casi un mes. Ahora tenemos un nuevo *rab abru*, un bribón llamado Dinanu, que te vendería a su

propia madre si la quisieras. Con él deberás negociar la compra de tus caballos.

Debo confesar que la noticia de la muerte de Zerutu Bel representó un duro golpe para mí. Aunque su nombre no figuraba entre los rebeldes de Khanirabbat, ni —por lo menos a mí entender— había intervenido en las conspiraciones urdidas por mis reales hermanos Arad Malik y Nabusharusur, se diría que en el reino de Asarhadón no bastaba la simple inocencia para garantizar la seguridad. ¡Le habían decapitado y habían abandonado su cadáver a la voracidad de los canes! Era lo más vergonzoso que podía sucederle a un valiente y leal soldado, verse sometido a muerte tan afrentosa por orden de su propio monarca.

Sin embargo, ¿por qué iba a sorprenderme? También yo había depositado mi fe en Asarhadón y, pese a haber sido mayor mi provocación por discutirle su derecho a ocupar el trono de nuestro padre que cuantas ofensas hubiese podido imaginar el *rab abru* de Birtu, me había convertido en un fugitivo, un hombre cuya vida había dejado de tener valor alguno hasta para su más humilde súbdito. ¿Cómo podía haber sido tan ingenuo para suponer que la ira de mi hermano no alcanzaría a nadie inferior a mí?

Me había pasado un mes languideciendo en las mazmorras reales de Nínive. ¿Quién sabe cuántos habrían sido depurados durante aquel tiempo? ¿Cómo enterarme de ello?

Zerutu Bel era un esqueleto que los cuervos mondaban en las murallas de Babilonia. Para el rey de Nínive mi cabeza valía su peso en siclos de plata y todos los soldados de la guarnición lo sabían. No había nadie allí en cuyo honor pudiese confiar mientras la recompensa a semejante conducta consistiera en seguir el destino del antiguo *rab abru*.

Debíamos huir cuanto antes de aquel lugar.

El día siguiente era una jornada de mercado, de modo que madrugué, levantándome cuando aún Kupapiyas de Hatti, la dueña de la casa, seguía roncando junto a Kefalos, y me lavé la cara en una jofaina de agua. La noche anterior, de acuerdo con los planes previstos por mi astuto sirviente, nos habíamos afeitado mutuamente y me producía una extraña sensación frotarme el desnudo rostro con las manos. Acabé pensando dónde podría encontrar un espejo de bronce para comprobar cuánto había cambiado, tan extraordinaria es la vanidad humana, capaz de imponerse a cualquier otro pensamiento, incluso en los momentos de mayor peligro.

Oí un gruñido a mis espaldas y me volví descubriendo que Kefalos también se había despertado. Se incorporó en el lecho, se aclaró ruidosamente la garganta y se frotó los ojos con las yemas de los dedos; parecía igualmente sorprendido ante el contacto de la piel de su mandíbula.

Aquella noche yo había compartido asimismo mi lecho con una muchacha. La joven se despertó rápidamente exhibiendo una radiante sonrisa, como si se sintiera sumamente complacida consigo misma y con todo el mundo, y preguntó si nuestras eminencias deseábamos almorzar. Le ordené que nos sirviera higos, pan y cerveza.

—Ésta no estará tan ágil —comentó Kefalos, en cuanto la muchacha se hubo marchado, señalando hacia atrás en su jergón.

No me costaba nada creerlo. Kupapiyas, cuyo trasero se levantaba como una cordillera y que apretaba su redonda mejilla contra el suelo, seguía sin moverse un ápice.

—Le añadí una pócima a la bebida durante la cena. Si entré en ella anoche, fue no solo por cortesía, sino también por prudencia. Los pensamientos que se infiltran en la mente de una mujer desdeñada son sombríos y nuestra situación no nos permite someternos a muy detenido examen. Pero no imaginaba que su compañía fuese tan divertida como para desear disfrutar largo rato de ella. ¡Mírala, soñando en la juventud y en la belleza perdidas! ¡Ella, fea y malcarada como un puercoespín! Me pregunto qué tendré para que tales mujeres me encuentren tan fatalmente atractivo, incluso sin mi magnífica y hermosa barba.

—¡Vámonos cuanto antes de aquí, Kefalos! ¡Presiento que nos encontramos en peligro!

Transcurrieron unos minutos, en los que el amante de Kupapiyas se abstraigo en tan gratos pensamientos, pero por último fijó en mí una adusta mirada, al igual que si le estuviese proponiendo alguna indecencia.

—Me parece impropio tanto apresuramiento. Hemos pasado muchos días expuestos a toda clase de dificultades y necesitamos recuperarnos.

—Kefalos, estamos en medio de una guarnición de soldados cuyo comandante es un perro que se alimenta con las sobras que le echa Asarhadón.

—Sí, pero entre estas cuatro paredes nos encontramos a salvo.

—¡Éstos son los muros de una taberna, idiota! Aquí acuden los soldados a beber y a chismorrear con las rameras. ¿Imaginas que podremos pasar mucho tiempo inadvertidos?

—¡Sí, pero por lo menos un día, señor! ¡Un solo día! Estoy agotado, me duelen los huesos y necesito un respiro.

Kefalos me suplicaba, me rogaba que le concediese aquel día como si estuviese a punto de morir si no lo conseguía. ¿Y acaso no me había salvado en Nínive? ¿No se había quedado en la ciudad para rescatar a su desdichado señor cuando tan fácil le hubiera sido huir? ¿Acaso no le debía algo tan insignificante?

—Bien, nos quedaremos un día. Partiremos mañana por la mañana en cuanto abran las puertas de la ciudad.

—¡Magnífico! Lo prepararé todo para mañana por la mañana. Tú estarás a salvo si permaneces en esta habitación: yo cuidaré de todo, compraré las monturas.

—No harás nada de eso, Kefalos. ¿Qué entiendes tú de caballos? Cualquiera tratante te vendería un par de muías viejas y renqueantes y aún te jactarías de tu astucia creyendo haberle engañado. No, no lo consentiré: los compraré yo.

—Como gustes —repuso encogiéndose de hombros, aunque satisfecho de haberse salido con la suya—. Me ocuparé de las provisiones y de algún artículo que precise para mi maletín médico. Los caballos quedarán confiados a tu ojo más experto, aunque quizá sería conveniente que fuese la única gestión que realizaras fuera de esta posada. A mí nadie me conoce en Birtu, pero al señor Tiglath Assur...

—Tu sabiduría ha hallado eco en mí, noble físico.

Hasta que la muchacha no hubo regresado con nuestro almuerzo y hubimos dado cuenta de él no volvió en sí nuestra anfitriona, la señora Kupapiyas. Finalmente, tras algunos gruñidos y varios ridículos e infructuosos esfuerzos por incorporarse, logró sentarse apoyando los codos en las rodillas mientras fijaba su mirada al frente, en el vacío, con una expresión en la que se leía el más cruel resentimiento.

—Voy a prepararle un remedio —me confió mi antiguo criado en un susurro, al tiempo que mezclaba unos polvos verduzcos en una copa de cerveza y agitaba el brebaje con el dedo.

—¡Aquí tienes, mi pequeña golondrina del río! Toma un traguito de esta copa que devolverá el brillo a tu radiante mirada. ¡Bebe!

Por fin, con manos que parecían haberse anquilosado, la mujer logró asir la copa, que Kefalos guió hasta sus labios para evitar que se le derramase. Los efectos fueron sorprendentes. En unos segundos, Kupapiyas se acurrucaba junto al gran señor, sonriente y retzona como una virgen de quince años, acariciándole el brazo mientras él le pelaba un higo.

—¡Y ahora, mi patito, deberías ilustrar a mi criado acerca del mejor medio de procurarse caballos.!

Tras vestirme con las ropas que Kefalos me había procurado, me aventuré por las calles de Birtu. Jamás me había sentido más extranjero en parte alguna; hasta el polvo que pisaban mis sandalias me resultaba extraño.

Birtu era como una de las miles de ciudades que se encuentran en las fronteras del imperio de Assur. Me recordaba a Amat, donde durante cuatro años estuve destinado como comandante de la guarnición y *shaknu* de las provincias del norte. Sin embargo, observando alrededor, apenas podía creer que me encontrase en aquel lugar y que el mundo fuese de tal modo. Me parecía tan irreal como si perteneciese a otro orden de la existencia, y quizá fuese así. Tal vez hasta entonces no había entrado a formar parte de la especie humana.

Esperaba que la gente me observaría con asombro y temor, pero me equivocaba. A mi paso las personas tropezaban conmigo sin apenas advertir mi presencia, ¿por qué iban a hacerlo si ya no era príncipe ni siquiera soldado del rey? Mi aspecto era similar al del criado de cualquier mercader lidio, pero incluso aquello era mentira. Por primera vez en mi vida se me exigía que me enfrentase al mundo solo, despojado de categoría y posición. Me había convertido en un don nadie: era simplemente yo mismo y me producía una extraña sensación.

El bazar estaba atestado de público tan anónimo como un hormiguero y lleno de ruidos. Se ofrecían a la venta los más diversos artículos: melones, alfombras, joyas, ánsares vivos, montañas de dátiles, cebollas y pescado seco. Los escribas redactaban cartas y copiaban documentos para los campesinos locales y para los comerciantes procedentes de Egipto y Líbano. Bajo el toldo de una taberna, un médico trataba a su paciente de una infección ocular. Incluso había una subasta de esclavas, aunque las tres o cuatro muchachas que se sentaban atribuladas en la plataforma eran poco atractivas y no suscitaban pujas importantes. Me detuve junto a un puesto en el que se exhibían recipientes de cerámica. No me guiaba interés alguno, sino simple curiosidad, y observaba distraído las mercancías, cuando una mujer que vestía túnica verde y se cubría los cabellos con un chal negro y andrajoso comenzó a tirar de mi manga amenazándome con arrepentirme toda la vida si no le compraba algo. Me alejé de allí perseguido por sus imprecaciones, en las que me acusaba de necio y avaro. Fue igual que si me apedrease con puñados de arena. A duras penas resistí la tentación de echar a correr.

En otro puesto se exponían armas, algo bastante usual en una población como aquella, que se había formado en torno a una guarnición. Las jabalinas, atadas con una cuerda como una gavilla de trigo, se apoyaban contra una especie de tabique de junco trenzado. Rogué al mercader que me mostrase una de ellas y comprobé que era firme, recta y flexible y que su punta estaba fabricada de reluciente bronce.

—¿Su señoría ha sido soldado? —me preguntó sonriente exhibiendo los sucios dientes.

Era una criatura pequeña y arrugada, tan vieja como el mundo, que movía las manos indeciso, como si estas actuasen por voluntad propia, al igual que arañas que avanzasen a tientas en la oscuridad. Mas si era él el artífice de aquellas armas, conocía perfectamente su oficio.

Hice rodar el asta entre las palmas tratando de comprobar si la punta se retorció y ponía de manifiesto algún fallo de la madera, pero no fue así.

—No, solo las quiero para cazar. Mi amo y yo seguimos rutas caravaneras y sería una bendición conseguir un poco de carne fresca. Me llevaré seis y una aljaba de cuero, y también aquella espada, siempre que la hoja no esté mellada. ¿Cuánto pides por todo ello?

—¿Qué te parece cinco siclos de plata?

La bolsa que Kefalos me había dado rebosaba monedas y estuve a punto de dar a aquel hombre lo que me pedía, más de pronto recordé que aparentaba ser el criado de un comerciante y que, por consiguiente, debía regatear.

—Te daré dos —le dije.

—¡Su señoría desea matar de hambre a mi esposa y a mis hijitos! No puedo vender tantas cosas por dos siclos de plata porque es una espada magnífica, digna de un oficial, y no encontrarás jabalinas como éstas aunque vayas a Nínive a buscarlas. No obstante, te las dejaré por tres siclos de plata aunque mis hijos perezcan de hambre y mi mujer me maldiga.

Le hice aguardar mi respuesta bajo su suplicante mirada.

—Dos siclos de plata —repuse finalmente— y seis de cobre.

—Su señoría se ensaña con este pobre hombre. Pero necesito dinero para alimentar a mi mujer y a mis hijos. Que sean dos siclos de plata y ocho monedas de cobre.

Me marché cargado con las armas y preguntándome cuánto me habría robado.

En la plaza central del pueblo, en improvisados establos fabricados con cáñamo y esterillas de junco, se encontraban los corceles que se ofrecían aquel día en venta. Había diez o quince caballos, la mayoría casi desahuciados, ni siquiera hábiles para arrastrar cojeantes

un arado, pero descubrí dos que podían servirme: un caballo castrado de color castaño claro y finos remos, y un semental negro como la noche cuyo nerviosismo crecía por momentos ante semejante aglomeración. El hombre que sostenía su cabestro parecía estar temiendo que le arrancase el brazo de cuajo. Decidí que compraría aquellos dos brutos y, puesto que nuestras vidas dependerían de ellos, pagaría lo que fuese necesario por conseguirlos.

Y temí que la cantidad no sería pequeña puesto que éramos varios los interesados y por añadidura uno de ellos vestía el uniforme de *rab abru*.

No recordaba haber visto anteriormente a Dinanu, aunque ello poco importaba. Era posible que ambos hubiésemos estado en la misma habitación en multitud de ocasiones, puesto que durante los últimos años en que se fueron deteriorando mis relaciones con Asarhadón yo no prestaba gran atención a los miembros de su entorno. Sin embargo, no cabía duda de que se trataba de él, que había sido enviado desde Nínive por orden del rey para asumir el mando de la guarnición y ejecutar vilmente a Zerutu Bel. Y se diría que era el tipo adecuado para tal misión.

Le rodeaban cinco o seis oficiales jóvenes. Era un hombre rechoncho, achaparrado, de aspecto ridículo, con espesas cejas y un rostro que se iba estrechando hasta afilarse como la hoja de un hacha. Apoyaba la mano en el pescuezo delicadamente arqueado del negro semental, intentando aplacarlo, sin que se advirtiera ningún efecto apreciable puesto que el bruto se encabritaba y resoplaba igual que si quisiera pisotearlo con sus cascos.

Comprendí que sería más prudente retirarme, pero me era imposible. Por el modo en que Dinanu lo miraba adiviné que estaba decidido a llevarse aquel caballo o ninguno, y yo no podía permitir tal cosa. Al animal no le gustaba, y probablemente cualquier día le desnucaría. Semejante perspectiva no me preocupaba en exceso salvo que, en represalia, sacrificarían a la noble bestia. De modo que por conseguir aquel animal y por simple despecho haría un favor que jamás comprendería al *rab abru* y le salvaría la vida.

—Éste nos irá perfectamente —decía en aquellos momentos en arameo, puesto que estaba tratando con un extranjero—. Te daré diez siclos de plata por él. Envíamelo al cuartel general a mediodía.

—Mi amo te ofrece por él doce, a menos, naturalmente, que ya hayáis cerrado el trato.

Dinanu me dirigió una iracunda mirada. Bajo sus negras y amenazadoras cejas, sus ojos brillaban cual carbones encendidos. Sin embargo, no pareció reconocerme o, si así fue, no dio muestras de ello.

Se volvió hacia el tratante de caballos, que lucía la barba primorosamente rizada de los hurritas, los cuales gozan de bien merecida fama de astutos comerciantes. El hombre hinchaba complacido las aletas de la nariz como si olfatease el dulce aroma de los beneficios inesperados.

—Pienso que has urdido una estratagema —le dijo el *rab abru* haciendo, al parecer, caso omiso de mi presencia—. Creo que has contratado a este villano para que superase mi oferta encareciendo así el precio. Si resulta ser cierto, ordenaré que te corten la mano derecha para que sirva de escarmiento.

—No es éste mi amo, sino el mercader de caravanas Hügeia de Sardes, que tras haber perdido su montura al ser asaltado por unos bandidos y fiando en mi experiencia en estos asuntos me ha encargado la adquisición de un corcel apropiado para su estatus y dignidad. —Me adelanté y apoyé la mano en el hocico del animal. Siempre había sabido tratar a los caballos y a mi contacto el noble bruto se tranquilizó rápidamente—. Creo haber encontrado algo que vale la pena —comenté sonriendo, dirigiéndome al *rab abru* como si pretendiera molestarle. Simulaba comportarme como un astuto criado, dispuesto a obtener mi pequeña victoria sobre uno de los seres más poderosos de la tierra—. Basta con saber quién tiene la bolsa más abundante.

—¡Muéstrame el color de tu dinero, esclavo! —rugió llevando la mano a la empuñadura de su espada.

Aunque también yo iba armado, consideré más prudente desprender de mi cinto la bolsa de monedas, cuyo contenido le mostré. Dinanu apretó los labios en una mueca de contrariedad al observar el resplandor de la plata.

—Estos extranjeros son todos riquísimos —comentó uno de sus oficiales en acadio—. ¿Qué es esto?

El hombre me cogió por la muñeca, atrayéndola hacia sí con violencia de modo que la bolsa se me escurrió de las manos y cayó en el suelo tintineante. Volvió la palma hacia arriba y mostró a todos la señal de nacimiento en forma de estrella roja como la sangre.

—¡No es posible! —exclamó.

—No puede ser.

Dinanu se inclinó a recoger la bolsa de monedas y me la tendió.

—Aquel traidor hermano del rey se encuentra en las mazmorras de Nínive —prosiguió en acadio dirigiéndose exclusivamente a sus oficiales—. Y de no ser así, a estas horas ya estará muerto. Fíjate en este tipo, no es ningún príncipe. Cualquiera puede tener una marca igual en la mano.

—Parece que has conseguido tu caballo —anunció el *rab abru* ob-

servándome con fría y penetrante mirada—. Que te conduzca muy lejos y no regreses jamás a Birtu.

Y dando media vuelta se alejó de aquel lugar.

—Te ofrezco veinte siclos de plata por el semental y el castrado marrón. ¡Vamos, de prisa! ¿Estás de acuerdo?

Así por el cuello de la túnica al hurrita y le sacudí con fuerza porque parecía estar soñando.

—¡Sí o no!

—¿Cómo? Sí, excelencia, de acuerdo.

Conté las monedas, me apoderé de los caballos sujetándolos por las riendas y me puse en marcha: deseaba encontrar cuanto antes a Kefalos. No confiaba en mi suerte.

Apenas había avanzado un centenar de pasos por el bazar principal, cuando advertí que alguien me seguía.

Faltaban unas dos horas para el mediodía. La gente pasaba corriendo por mi lado en dirección a los puestos de venta, pero como yo llevaba dos caballos a rastras me veía obligado a avanzar despacio por el centro de la calzada.

Me volví en tres ocasiones y en todas ellas localicé a mi perseguidor a la misma distancia, ya fuese dándome la espalda mientras satisfacía el importe de una copa de cerveza, girando repentinamente por un callejón o haraganeando en la puerta de un burdel. Y aunque no había logrado distinguir su rostro, comprobé que vestía la túnica característica de los oficiales, lo que me convenció de que se trataba de uno de los subordinados de Dinanu.

Junto a la entrada principal de la ciudad se encontraba un establo público, al que conduje los caballos pues consideraba más conveniente dejarlos allí que en la taberna donde me estaría aguardando Kefalos. La guarnición de Birtu no tenía motivos para relacionarme con mi criado, cuya existencia ni siquiera sospechaba: nada ganaríamos si los conducía hasta él.

El mozo de cuadras me mostró sus existencias de bridas y mantas para montar y pasé algún tiempo escogiendo, puesto que debía decidirme acerca de lo que tenía que hacer con aquella nueva sombra que me había caído en suerte.

Cuando me volví, dispuesto a marcharme, lo encontré en la puerta, donde me aguardaba sin tratar de seguir ocultándose.

Me detuve frente a él. Nos estuvimos mirando unos momentos y seguidamente el hombre observó a su alrededor, como si temiera que alguien pudiera haberle seguido, y a continuación se acercó a mí con tantas precauciones como si yo fuese una víbora.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunté.

—Eres Tiglath Assur —dijo a modo de respuesta—. No tienes por qué disimular conmigo. Aunque no llevases la marca del dios en la mano, no te hubieses afeitado la barba ni vistieras como un extranjero, te habría reconocido. Te vi en una ocasión cuando era niño y acudiste a Arbela, donde mi padre era augur del templo.

Era poco más que un muchacho. Tendría dieciséis años o quizá menos, tal vez fuese tan joven como lo era yo cuando marché por vez primera a la guerra dejando atrás para siempre la infancia. Seguía siendo tan hermoso como una muchacha y sus ojos eran grandes y negros: aún tenía mucho que aprender.

—Vuelvo a preguntarte qué quieres de mí.

—No voy a traicionarte, augusto señor. He sido enviado por el *rab abru*, un ser que no respeta a los dioses, con el encargo de seguirte y enterarme en dónde te alojas. Se propone aguardar hasta el anochecer y luego acudir a arrestarte. No piensa arriesgarse a plena luz del día porque teme que se produzcan disturbios si se sabe que tú. Y porque tampoco confía en sus propios soldados. En el ejército muchos te creen el preferido del dios Assur y el que debería reinar.

—Asarhadón es el rey.

—Él ciñe la corona, sí, pero el dios siempre designó a nobles y prudentes varones para que gobernasen a nuestro país y tú nunca te volviste contra tu hermano como él ha hecho contigo.

¿Qué podía decirle? En aquellos momentos, nada. Mis sentimientos eran demasiado contradictorios para poder expresarlos. Me sentía humillado ante aquella espontánea muestra de lealtad de un extraño, porque en aquellos que siguen a los hombres siempre se ven las mejores cualidades de uno mismo.

—¿Qué deseas de mí?

—Que se cumpla tu voluntad, señor. Pídeme lo que quieras y te obedeceré ciegamente, aunque en ello me vaya la vida.

Y estaba dispuesto a cumplir su promesa: lo leía perfectamente en su rostro.

—¿Conoces la taberna de Kupapiyas de Hatti?

—Sí.

—Pues informa al *rab abru* que me alojo allí. Es cierto, y con ello habrás cumplido tu misión. Sin embargo, deberías aguardar unas horas a decírselo.

—Se hará como deseas, augusto señor. Has estado muy ocupado en el bazar y has pasado mucho tiempo en él.

—¿Cuál es tu nombre?

—Ishtar-bel-dan, señor. Me llamaron así en honor de la diosa patrona de mi ciudad.

—Ishtar-bel-dan. Jamás olvidaré tu nombre.

Todo quedaba dicho entre nosotros. Dio media vuelta como si se dispusiera a marcharse y de pronto regresó, se arrodilló a mis pies y cogiendo mi diestra en la suya se tocó con ella la frente como si en verdad yo fuese el rey.

Acto seguido se levantó y, aunque jamás volví a verlo, nunca le olvidaré hasta que me convierta en polvo.

Por consiguiente disponía de algunas horas para ponerme a salvo.

No regresé a la taberna de Kupapiyas: no tenía seguridad alguna de que Dinanu hubiese dispuesto que alguien más me siguiera. Pero el mozo de las caballerizas tan solo tenía ojos para las monedas de plata que estaba depositando en su mano y se mostró muy dispuesto a transmitir mi mensaje.

—Busca a un jonio obeso que sabrá que te presentas en mi nombre cuando le digas que te envía el hijo de Merope. Dile que acuda aquí rápidamente si aprecia en algo su vida y que no debe dejar nada olvidado.

El hombre marchó corriendo prometiéndome que regresaría con el jonio antes de que transcurriera un cuarto de hora, mas su ausencia se prolongó interminablemente. Entretanto embridé los caballos, les eché unas mantas sobre el lomo y luego regresé al pajar desde donde podía vigilar la ciudad. De pronto me encontré apostando conmigo mismo acerca de quién llegaría primero, si Kefalos o una patrulla de soldados dispuestos a llevarse mi cabeza a Nínive en una tinaja.

Permanecí sentado dejando entreabierta la puerta del pajar tres o cuatro dedos, vigilante y alerta, teniendo a mi alcance la espada y una jabalina, pues no abrigaba la menor intención de permitir que me capturasen vivo. Pensaba vender cara mi vida: nadie podría decir que Tiglath Assur había muerto como un conejo acorralado.

Pero no llegaron. Solo se presentó Kefalos casi corriendo aunque sin acabar de conseguirlo, apresurándose tanto como le permitía su volumen y su dignidad. Al verle, me precipité a su encuentro.

—Señor, si se trata de una chanza, no resulta nada divertida. En los momentos en que este rufián irrumpió en la habitación me encontraba en una situación muy delicada con la dama.

—Saben que estamos aquí. Lo saben, Kefalos.

Si es posible mudar de la ira al espanto en un instante, al igual que un hombre que está vivo de pronto deja de existir sin ninguna distinción apreciable a la vista o al oído, eso fue lo que se reflejó en el rostro de Kefalos. La realidad se fue infiltrando en su cerebro como la luz del sol al amanecer, primero de color pizarra, luego con una tenue tonalidad grisácea y más tarde sonrosada como la sangre

cuando se diluye en el agua, pero con un resplandor que todo lo revela. Ni siquiera se alteró un músculo de su rostro, aunque pareció abrumado como si las fuerzas le hubiesen abandonado. Le puse la mano en el hombro para impedir que se desplomase, mas no cayó: se quedó tan inmóvil como una estatua.

—Debo huir —le dije—. Si te quedas, estarás a salvo, amigo mío. Sin embargo, no regreses a la taberna porque acudirán allí a buscarme. Pero no podía marcharme sin decirte adiós.

—No pensarás ni por un momento que esté dispuesto a quedarme, señor. No he llegado tan lejos para abandonarte a tus insensatos antojos. Debemos partir rápidamente.

Até con una correa su bolsa y su maletín, todo el equipaje que poseíamos, y lo arrojé a lomos del negro semental, sosteniendo seguidamente las riendas y esperando a que Kefalos montase en él, pero no parecía muy dispuesto a ello.

—Es una bestia de aspecto temible, señor, y sabes que no soy un jinete avezado. Tal vez tú y él. Sería mucho más conveniente si...

—Eres un rico mercader lidio —repuse, impaciente—. ¿Acaso debe montar tu criado en un caballo mejor que el tuyo?

—Sí, naturalmente. Pero...

—Sube, Kefalos. Pasa las piernas por la grupa y salgamos de este lugar.

Subí al caballo castrado asiendo la aljaba con las jabalinas bajo el brazo y salimos a la calle sin que nadie nos detuviese. Cuando llegamos a las puertas de la ciudad los guardianes nos dejaron pasar sin poner ningún inconveniente. Incluso cuando nos dirigíamos hacia el oeste, alejándonos de la carretera principal del sur, el polvo que levantaban los cascos de nuestros caballos se disipaba silenciosamente en el aire a nuestra espalda. Cabalgamos hasta que las murallas de Birtu se perdieron de vista sin encontrarnos con nadie, percibiendo únicamente el susurro del viento.

Transcurrió una hora y luego dos, y por fin interrumpimos nuestra carrera, que redujimos a un paso ligero, y comenzamos a alimentar pensamientos menos sombríos que el temor a una muerte irremisible. La tarde fue calurosa y tranquila. La vasta llanura se extendía desierta ante nosotros y comencé a creer que habíamos conseguido escapar.

Mas ¿de qué puede uno huir en su vida? Cuando el sol comenzaba a declinar en el horizonte, hacia poniente, y Kefalos y yo sentíamos el primer aguijonazo del frío nocturno, miré hacia atrás y descubrí a razonable distancia, puesto que aún no llegaban a mis oídos el eco de los cascos de sus caballos, la presencia de una tropa

de caballería compuesta por unos diez jinetes que se aproximaban al galope. Obligué a detenerse a nuestras monturas.

—Mira —hice observar a Kefalos.

El hombre me obedeció y el corazón le dio un vuelco.

—Les llevamos por lo menos un cuarto de hora de ventaja —dijo—, acaso más. Dentro de dos horas habrá oscurecido y quizá para entonces podremos despistarlos.

—No tenemos escapatoria: este castrado mío no servirá para enfrentarse a los caballos del ejército y el semental está preparado para la marcha, mas no para correr. Se quedaría exhausto antes de que tú hubieses avanzado medio *beru*. Tanto me importa encontrar aquí la muerte como en cualquier otro sitio y no pienso dejarme capturar.

Según la teoría de mis antepasados, los hombres hallan irremisiblemente su *simtu*, su destino, al final de sus días, donde y cuando el dios lo dispone. Se me ocurrió que quizá Assur no deseaba que abandonase el país que llevaba su nombre y que prefería que mis huesos descansaran allí. Que se cumpliera, pues, su voluntad. Me apeé de mi montura y dejé caer las riendas en el suelo.

«Que vengan —pensé—. Voy a esperarlos».

—A ti no te buscan, Kefalos. Si escapas no te perseguirán y es muy necio arriesgar inútilmente la vida. Máchate ahora mismo.

—¡Señor, es una locura! ¡Es...!

No le dejé acabar su frase sino que pinché al semental en las ancas con la punta de la jabalina al tiempo que gritaba ferozmente. Aquello bastó para que el animal partiera enloquecido a galope mientras mi compañero, aterrorizado, se aferraba a su pescuezo como una sanguijuela. Comprendí que llegaría muy lejos antes de que el bruto se detuviese y por entonces la cuestión ya habría quedado zanjada.

Es asombroso con cuánta serenidad se puede aguardar la muerte. No sentía miedo alguno, incluso en cierto sentido experimentaba alivio, como si se hubiese disipado algún conflicto que se debatiera en mi interior y por fin pudiese actuar con perfecta claridad mental. Aguardaba, libre de dudas o esperanzas, y los veía venir manteniéndome a cierta distancia de mi caballo para que la inevitable lluvia de flechas no acabase asimismo con su vida.

No era la primera vez que me enfrentaba a los soldados con una jabalina en la mano. Precisamente así había sucedido en la primera batalla de mi vida, librada en las llanuras de Khalule cuando tan solo tenía catorce años, y experimentaba ese éxtasis que convierte en placer el propio miedo. Sin embargo, en aquellos momentos no sentía arrebato alguno, solo la fría determinación de enfrentarme de nuevo a aquella situación de modo honorable y de vengar mi propia muerte.

«Si piensas en la muerte, príncipe, que no sea en la tuya sino en la de tus contrarios». Creía estar oyendo su voz aunque solo fuese en mi mente. «¿Acaso no te he enseñado que la primera obligación de un soldado es aniquilar a sus enemigos? La muerte viene por sí sola, por lo que no debes darle acceso en tu corazón».

Estuve a punto de volverme hacia mi interlocutor, tan reales me parecían sus palabras. Era la voz de Tabshar Sin, que me había enseñado el oficio de soldado, que había sucumbido hacía tres años bajo una lanza meda y que estaba enterrado en el suelo rocoso de los montes Zagros.

—Te he oído —exclamé en voz alta pensando que quizá se comunicaba conmigo porque también yo era un espíritu—. Y no tengo miedo.

«Te creo, pero no se trata de miedo. Me refiero a la cólera y a la vergüenza que yo que te he educado sentiría si olvidases que eres un hombre de Assur».

Por entonces, como es natural, la tropa ya me había descubierto. Sabían que estaba en su poder y no se apresuraban. Tal vez ni siquiera había cruzado por su cerebro la idea de que yo pudiera presentarles batalla. De modo que aguardé tranquilamente a que llegasen, esperando que el cabecilla de la expedición, aquel que lucía el uniforme azul de *rab abru*, estuviera a mi alcance. Evidentemente se trataba de Dinanu y me proponía aniquilarle porque de aquel modo vengaría a Zerutu Bel y yo mismo tomaría venganza porque no era el rey mi hermano y por consiguiente podía matarlo sin cometer ningún sacrilegio.

Al parecer llegaban sin abrigar sospecha alguna, creyendo que solo ellos eran dueños de dispensar la muerte como monedas de cobre a los pordioseros. En breve comprenderían su error.

—Pronto serás testigo de que no empañó de vergüenza tu gloria, Tabshar Sin.

«No, serás tú quién lo comprenderá, príncipe. para ser más exactos».

Por fin, cuando ya estaban bastante próximos, cobré impulso con el brazo y arrojé el proyectil como una víbora su veneno. La jabalina voló de mi mano como si tuviera vida propia.

Si alguna vez me acompañó el dios dando fuerza a mi brazo, fue en aquella ocasión. Antes de abrir los dedos comprendí que acertaría mi objetivo. El arma se remontó por los aires formando un arco cada vez más elevado y cayó seguidamente como el halcón sobre su presa.

Dinanu se había convertido en cadáver antes de desplomarse tras

las ancas de su montura. El proyectil le había alcanzado en medio del pecho sin darle siquiera tiempo a cubrirse. Cuando llegó al suelo ya era un montón de carroña.

Cogí otra jabalina de mi aljaba y me preparé para lanzarla. Antes de que logran derribarme y hacerme pedazos me llevaría a algunos por delante. Sin duda se disponían a cargar.

Pero no fue así. Los hombres de Dinanu refrenaron sus monturas y, tras lo que parecieron algunos momentos de confusión, observé que algunos de ellos gesticulaban exageradamente y se retiraban más de cincuenta pasos, lo que les ponían fuera de mi alcance.

¿Qué estarían esperando?

Tal vez ni siquiera ellos mismos lo supieran. Observé que formaban un apretado círculo, al parecer sentían la necesidad de parlamentar acerca de lo que debían hacer. A través de la vasta y desierta llanura no me era posible oírlos: tendría que aguardar la decisión que tomaban acerca de mí.

No corría un soplo de viento ni se percibía ningún sonido: reinaba un opresivo silencio.

Me había resignado a aceptar la muerte.

Mas no aceptaron el reto. Finalmente dieron media vuelta y se alejaron sin prisas, como si nada hubiese sucedido, abandonando el cadáver de su comandante en el polvo, donde había caído.